

## CAPÍTULO V

### Factores psicológicos de las luchas guerreras.

No obstante los progresos de la civilización y las disertaciones de ciertos filósofos, la guerra nunca ha cesado de ser una de las principales ocupaciones de los pueblos. Es dudoso que los descubrimientos de la ciencia la hagan menos frecuente. Cierto es que se ha convertido en más mortífera, pues aun remontándonos á las grandes destrucciones de Gengis-Kan ó de Atila, sería difícil recordar una fase de la Historia en que tantos hombres hayan quedado sobre el campo de batalla como en el siglo de la electricidad y del vapor.

Cuando un fenómeno se manifiesta con tan persistente regularidad, debe convenirse en que traduce imperiosas necesidades. Protestar contra su fatalidad sería tan pueril como revolverse contra la vejez ó la muerte. Por lo demás, las luchas de los pueblos han sido la causa de los más importantes progresos. Sin ellas los primeros hombres no hubieran salido de la barbarie y hubiese sido imposible fundar esos magníficos imperios, cuna de las artes, las ciencias y la industria. ¿Qué gran civilización no ha sido guerrera? ¿Cuál es el pueblo pacífico que ha ejercido influencia en la Historia?

Pero no es éste el momento de examinar las ventajas ó los inconvenientes de las luchas periódicas

entre las naciones. Nos limitaremos, por el momento, á indicar su necesidad y á investigar sus causas psicológicas.

Estas causas son muy varias. En primer lugar puede señalarse la del instinto natural, que en toda la escala animal lleva á los fuertes á destruir á los débiles. La civilización la atenúa, sin duda, pero lo que no puede atenuar es la antipatía profunda que engendra entre las razas las divergencias de su constitución mental, divergencias que las llevan á concepciones muy distintas de la vida y, por consecuencia, á conductas diferentes.

La mayor parte de las luchas proceden de esas divergencias. Todas las grandes guerras de la humanidad, guerras de conquista, de dinastía, de religión, de propaganda, no han sido por lo general más que guerras de razas. El conflicto entre los persas y los asirios, que por primera vez hizo pasar el imperio del mundo de los semitas á los arios, fué una guerra de razas. Guerra de razas igualmente la lucha entre los griegos y los asiáticos, entre los romanos y los bárbaros, los japoneses y los rusos. Guerras de raza, en fin, las luchas religiosas de la Edad Media. ¿Qué eran, en efecto, estas últimas, sino una lucha de razas defendiendo el individualismo y la libertad de pensar, contra los que reclamaban la autocracia política y religiosa con sus consecuencias: principio de autoridad, tradición y formalismo latinos?

Considerar estas guerras como resultantes únicamente de rivalidades entre soberanos, demostraría poseer una concepción muy superficial de la Historia. Los reyes que no han encarnado el ideal de sus pueblos, sus pasiones y sus ensueños, jamás han durado mucho tiempo.

¿Es de esperar que los progresos de la civilización y la multiplicidad de relaciones que unen á los pueblos puedan atenuar las antipatías de origen psicológico que dividen las razas? Puede contestarse á esta pregunta con hechos indiscutibles.

En época reciente todavía, en que las comunicaciones eran difíciles y escasas y el conocimiento de las lenguas extranjeras poco extendido, las diferencias psicológicas que separaban á las razas permanecían casi invisibles, disfrazadas por el barniz superficial de una civilización análoga en las clases inteligentes de Europa.

Hoy la facilidad de comunicaciones y el encadenamiento de los intereses comerciales que establecen entre los pueblos relaciones constantes, son causa de que sus diferencias de constitución mental, y el desacuerdo que engendran sobre la mayor parte de las cuestiones, se manifiesten todos los días. Entre individuos de razas distintas el acuerdo no es posible sobre ningún asunto, pues todos son considerados desde punto de vista distinto. Las relaciones prolongadas entre esos pueblos sólo sirven para acentuar sus disencuentros. Y mientras los intereses de los pueblos les unen, su alma les separa; en lugar de avanzar hacia una mayor fraternidad, caminan hacia una antipatía cada día más sensible.

Esta antipatía produce numerosas consecuencias políticas y sociales. Después de haber reducido las distancias por el vapor y la electricidad, las naciones llegan ahora á exagerar sus armamentos y á rodearse de prohibiciones aduaneras que cortan las relaciones y terminan por elevar, alrededor de cada país, una verdadera muralla de la China. Esta mura-

lla, no obstante, la mayor parte de los pueblos no la encuentran bastante aisladora, y la fórmula hoy de muchas naciones civilizadas—sea su gobierno autocrático ó sea liberal—es la expulsión de los extranjeros. América, después de haber votado, como Australia, la expulsión de los chinos, prohíbe ahora el acceso á su territorio de los barcos cargados de emigrantes pobres; los *trade-unions* ingleses solicitan el despido de los obreros extranjeros; el gobierno ruso, obedeciendo á clamores populares, más poderosos con frecuencia que la voluntad de los despotas, se ha visto obligado á expulsar á los judíos de las grandes ciudades. Igualmente su expulsión ha sido pedida en Alemania por un partido que cada día adquiere más adictos. El gobierno prusiano expulsó á los polacos y á los italianos que trabajaban en sus ferrocarriles. El mismo gobierno suizo, después de haber desechado en 1892 el proyecto de prohibición del trabajo á los obreros extranjeros, exige ahora en sus convenios con los contratistas de suministros militares el empleo exclusivo de obreros locales. Las mismas tendencias se observan en todas partes, incluso en Francia. No puede tacharse al siglo xx de ser la edad de la fraternidad universal. La fraternidad entre razas distintas no es posible sino cuando recíprocamente se desconocen. Relacionar los pueblos suprimiendo las distancias es condenarles á conocerse mejor, y por lo tanto, á soportarse menos.

Y es necesario advertir que estamos en el principio del movimiento general de todas las naciones contra la dominación extranjera. Cuando gobiernos inspirados en los principios más opuestos, desde el autócrata absoluto hasta el republicano más liberal, emplean los mismos procedimientos, es

necesario deducir que responden á alguna necesidad también generalmente sentida. Los odios de razas no bastan por sí solos á explicarles.

El instinto que impulsa hoy á todos los gobiernos á marchar por el mismo camino es aún bastante inconsciente, pero de bases psicológicas muy firmes. La influencia preponderante de los extranjeros es un indiscutible disolvente de la existencia de los Estados. Quita á un pueblo lo más preciado: su alma. El imperio romano dejó de existir cuando los extranjeros fueron numerosos. Suponed una nación, como la nuestra, en que la población disminuye, rodeada de países en que la población acrece constantemente. La inmigración de estos pueblos extraños, si se tolera, es fatal. Esos extranjeros se ven libres del régimen militar, sufren pocos ó ningún impuestos, pueden desempeñar un trabajo más fácil y mejor retribuido que en su territorio natal. No tienen lugar á dudas respecto del país á donde deben dirigirse, ya que los demás no los admiten. La invasión de las gentes extranjeras llega á ser en estos casos muy perjudicial, ya que los que emigran son gente inferior, incapaz de valerse por sí misma. Principios humanitarios impiden proponer una cruzada contra los extranjeros; si se juzgase por la cantidad de italianos que viven en Marsella, podría decirse que esta ciudad era una colonia francesa. Italia no posee ninguna colonia que tenga tal número de italianos. En condiciones parecidas, ¿cuál puede ser la unidad de un pueblo ó simplemente su existencia? Las mayores hecatombes de los campos de batalla serían infinitamente preferibles á tales invasiones.

Un instinto muy certero enseñaba á los antiguos el temor á los extranjeros; sabían perfecta-

mente que el valor de un país no se mide por el número de sus habitantes, sino por el de sus ciudadanos.

••

Como conclusión á las líneas precedentes diremos que los progresos de la civilización son impotentes para disminuir las probabilidades de lucha entre los pueblos. Y esa disminución será tanto menor cuanto que á las causas psicológicas de disentiimiento, descritas anteriormente, la civilización viene á añadir motivos de orden económico de los que nos ocuparemos muy pronto.

Los filósofos y los filántropos tendrán, pues, ciertamente que lamentarse, durante mucho tiempo aún, de las calamidades ocasionadas por las guerras. De todas suertes, pueden consolarse pensando que una paz universal acordada por alguna potencia mágica marcaría el fin inmediato de toda civilización y de todo progreso y la vuelta rápida á la más espantosa barbarie. «La certidumbre de la paz, escribe acertadamente M. de Vogüe, engendraría antes de medio siglo una corrupción y una decadencia más destructora en el hombre que la peor de las guerras.»

Ciertamente que las guerras tienen sus inconvenientes, y muy grandes; pero importa determinar, entre los inconvenientes y las ventajas, de qué lado se inclina la balanza.

Los inconvenientes de las guerras son de tres clases: pérdida de dinero, pérdida de hombres y enervamiento de la raza.

Las pérdidas de dinero sólo tienen una importancia pequeña. La historia demuestra que los pueblos

más ricos desaparecen ante los más pobres. Empobrecer una nación no es, por lo tanto, perjudicarla. Las estadísticas demuestran que Alemania ha debido gastar ya varios miles de millones para conservar las provincias francesas conquistadas, y que todas las naciones de Europa consagran anualmente muchos millones á su armamento. Éstos son inconvenientes pequeños. Cierto es que varias naciones caminan hacia la bancarrota; pero ésta no tendrá otras consecuencias que estimular su energía y acostumbrarlas á las privaciones. Hay que considerar, sin embargo, estos inevitables gastos militares como una especie de prima de seguro pagada por las naciones para evitar la invasión y el pillaje. ¿Hay en Europa un solo pueblo, excepto aquellos cuya derrota no aprovecharía á nadie, que pueda subsistir un solo día sin ejército? Inmediatamente sería anexionado á alguna nación poderosa y sufriría impuestos mucho más pesados que los que exigía su armamento.

Cierto es que los gobiernos y los pueblos aprecian mucho los beneficios de la paz y hacen de ellos el tema más común de una multitud de discursos; pero nadie cree en esta paz de que todo el mundo habla. Todos saben que en el instante mismo en que una gran nación presentara una inferioridad, aun momentánea, de su potencia militar, sería inmediatamente invadida y saqueada por sus vecinos más fuertes. Ya hemos visto la prueba manifiesta al día siguiente de la batalla de Mukden, que anulaba para mucho tiempo la potencia militar de Rusia, nuestra aliada. Sin perder tiempo, Alemania trabó con nosotros, con ocasión de Marruecos, las más quisquillosas disputas, con la esperanza de impulsarnos á la guerra, que temía declarar por tan

fútiles motivos, á fin de no alarmar á Europa. Los telegramas diplomáticos dan fe de la insolencia con que éramos tratados. Y si Alemania renunció definitivamente á la guerra, fué por el temor de ver sus puertos bombardeados por Inglaterra, puesta resueltamente de nuestra parte.

Por lo menos, la lección sirvió, é inmediatamente las grandes naciones aumentaron sus armamentos. Precisamente, la necesidad de elevar los impuestos para atender á los gastos de los nuevos armamentos fué la que motivó la crisis política que sufre Inglaterra con tanta intensidad, obligada á consagrar más de mil millones anuales á su marina. En espera de que los pueblos se batan á cañonazos, lo hacen por lo á millonadas.

El segundo inconveniente de las guerras, que es la destrucción de los hombres, no merece tenerse en cuenta sino por sus consecuencias lejanas. Las batallas de Napoleón costaron tres millones de hombres; pero si se tiene en cuenta que ocuparon á los pueblos durante veinte años y que crearon una leyenda gloriosa á una raza, satisfaciendo al mismo tiempo el instinto de destrucción, que es uno de los más imperiosos de la naturaleza humana, se puede soportar esta hecatombe con bastante resignación. Su único resultado lamentable, como el de todas las guerras, es la muerte de los elementos viriles más robustos de un pueblo, y, por lo tanto, la reducción del aumento futuro de la población y el acrecentamiento de su debilidad. Pero, en realidad, esta consecuencia es sólo temible para los pueblos de población estacionaria.

Al decirnos lo que las guerras han costado á la humanidad, los estadistas olvidan siempre calcular lo que han producido. Éste es, sin embargo, uno de los aspectos del problema que no hay que olvidar.

Entre las numerosas ventajas de las guerras, la primera es la formación de un alma nacional, que ellas engendran y determinan, y no hay que olvidar que sin alma nacional no hay civilización posible para un pueblo.

Las guerras consolidan el alma nacional, en caso de victoria, y aumentan considerablemente su fuerza en caso de derrota. Jena fué, según se dice, un desastre para Alemania, lo que es inexacto, pues sin este pretendido fracaso la unidad y el poder del imperio alemán se hubiesen retardado todavía muchos siglos. Y hasta podríamos asegurar, si sólo observamos sus consecuencias lejanas, que Jena fué un desastre para Francia y no para Alemania.

Prescindiendo de estas influencias indirectas de las luchas de razas, las hay muy inmediatas, perfectamente apreciables y cuya importancia no puede desconocerse. Las últimas guerras han puesto á Europa sobre las armas, ¿y cuál fué el resultado? La ruina de las haciendas, dicen los estadistas; un serio despertar del carácter de los pueblos, podrían responder los psicólogos á esos honrados burócratas. Sin el régimen militar obligatorio, al que se halla sometida hoy la población masculina de Europa, la anarquía, el socialismo y todos los disolventes de la civilización moderna hubiesen progresado á pasos agigantados. Los viejos fundamentos religiosos, sobre los cuales se edificaron las sociedades modernas, se derrumbaban y no teníamos con qué sustituirlos. El régimen militar

nos enseñó á tener paciencia, firmeza y espíritu de sacrificio, procurándonos cierto ideal transitorio. Él solo ha podido luchar contra el egoísmo y la molicie que invadían á los pueblos. El servicio militar es un impuesto muy penoso y recuerda á los períodos más duros de la esclavitud antigua; pero sin él las sociedades modernas serían pronto víctimas de los elementos bárbaros que cada una de ellas contiene en sí. Los dioses de las edades antiguas costaban menos, pero su reino ha pasado á la Historia.

La influencia moral del régimen militar sobre el carácter de los pueblos es tan interesante que insistiremos sobre ella. El mariscal Moltke lo ha dicho en el siguiente pasaje de sus Memorias, que merece ser meditado:

Los jóvenes gozan, durante un plazo relativamente corto, la influencia bienhechora de la escuela. Felizmente entre nosotros, en el momento en que cesa la instrucción individual, comienza la educación propiamente dicha, y ninguna nación ha recibido en su conjunto una educación semejante á la que la nuestra ha tenido por medio del servicio militar. Alguien ha dicho que fué el maestro de escuela el que consiguió nuestras victorias. Pero la ciencia sola no basta para elevar el hombre á un nivel moral tal que se halle dispuesto á dar su vida por una idea, por el cumplimiento de un deber, por el honor de la patria, y á eso es á lo que tiende toda la educación del hombre. No es el maestro de escuela, sino el verdadero educador, el estado militar, el que ha conseguido nuestras victorias, y que ha dado durante diez y seis años consecutivos á nuestras generaciones su desarrollo corporal é intelectual y las ha educado en el orden, la puntualidad, la probidad, la obediencia, el amor á la patria y la energía viril.

La utilidad del régimen militar no se limita al realce del carácter, sino que á él se deben también

principalmente los progresos de la industria moderna, en lo que se refiere al trabajo de los metales. Las investigaciones para perfeccionar las armas han dado por resultado dotar á la industria de una precisión científica absolutamente desconocida hace cincuenta años. Asimismo, las necesidades estratégicas tuvieron por resultado la extensión de las líneas de ferrocarriles y fueron el origen de la mayoría de los perfeccionamientos del arte naval.

..

Las guerras, ó tan sólo las amenazas de guerra, son uno de los más poderosos estímulos morales y materiales de los pueblos. El espíritu militar es la última columna que sostiene á los pueblos modernos, y por esta razón merecería el agradecimiento de los pueblos que le maldicen. No hay que lamentar la antipatía recíproca de las razas, pues sin ella desaparecería todo temor de guerra y, por consiguiente, la civilización.

Si los argumentos precedentes no tuvieran acción sobre el alma sensible, pero poco clarividente de los filántropos, se podría presentar á sus ojos las consecuencias de la paz forzada para un pueblo. Un solo país, la India, goza de los beneficios de una tranquilidad absoluta desde hace un siglo. Es uno de los países más vastos y más poblados del mundo, de suerte que es un ejemplo de gran interés.

Las consecuencias de esta paz forzada, impuesta á 300 millones de habitantes por la mano poderosa de Inglaterra, no se han hecho esperar. Como nada impedía el crecimiento de la población, adquirió inmensas proporciones, aumentando, según las estadísticas, en más de 30 millones durante estos úl-

timos veinte años; su densidad por kilómetro cuadrado es más del doble de la de los países más poblados de Europa.

De esto ha resultado, como era fatal, una miseria tan general como profunda, y sería mayor, siguiendo la antigua ley de Malthus, si no diezmaran periódicamente este país hambres inevitables. Estas hambres, á pesar del telégrafo y del ferrocarril, producen desastres mucho mayores que las más sangrientas batallas. Solamente en la provincia de Orissa ha muerto de hambre un millón de personas en 1866; en Punjab murieron, en 1868, 1.200.000, y 1.300.000 en Dekkan, en 1874. ¿Qué son las guerras comparadas á estas hecatombes? ¿La muerte por hambre es tan superior á la muerte violenta que haya que evitar á toda costa la una para resignarse á la otra?

..

Las disertaciones sobre las ventajas ó los inconvenientes de las guerras sólo presentan un interés puramente teórico. No tenemos que escogerla, sino sufrirla, y por eso vale más considerar solamente los aspectos ventajosos, y sobre todo estar apercibidos.

El mejor medio de prepararse á posibles luchas es desarrollar ese conjunto de sentimientos que forma lo que se llama espíritu militar, y que constituye la verdadera fuerza de un ejército. Sin él, y por muy bueno que sea su armamento, un pueblo no es más que un rebaño sin resistencia. Consideremos, pues, como los peores enemigos de la patria, como peligrosos malhechores, á los escritores y oradores que se esfuerzan en destruir este espíritu

en las almas. El día en que consiguiesen su propósito nada nos quedaría por perder; la más destructora de las invasiones acabaría con nuestra historia.

Repitámoslo sin cesar, y tengamos siempre presente en el pensamiento las sombrías previsiones de los escritores militares de diversos países sobre las consecuencias de la próxima guerra que amenaza á Europa. No olvidemos que será una de esas luchas finales, de las cuales hay ejemplos en la Historia y que terminan por la desaparición definitiva y total de una de las naciones que intervienen en la contienda. Luchas formidables, sin piedad, y durante las cuales países enteros serán arrasados metódicamente hasta que no quede en ellos ni una casa, ni un árbol, ni un hombre.

Tengamos presentes estas nociones cuando eduquemos á nuestros hijos y á nuestros soldados, y dejemos para los retóricos los vanos discursos sobre el pacifismo, la fraternidad y otras futilidades, que hacen pensar en las discusiones teológicas de los bizantinos, mientras los turcos entraban en sus ciudades.

Otras cuestiones vitales nos interesan. Para evitar, ó á lo menos retardar la lucha, hay que estar preparados á sostenerla. Si fuera inevitable, recordemos que la victoria no será del ejército más numeroso, sino del que reuna más resistentes energías.

La guerra es un asunto de psicología tanto como de estrategia, y esto no lo ha ignorado ningún gran capitán. «En la guerra—dijo Napoleón—todo es moral, y la moral y la opinión constituyen más de la mitad de la realidad.» Poco importan las pérdidas; la victoria es del que sabe mejor soportarlas. Rebajad el carácter de los soldados, y tendréis las

turbas de Jerjes; elevadlo, y tendréis los guerreros de Leónidas.

Una vez demostrado que el valor de los ejércitos se mide por el nivel de su carácter, más que por su número, se verá que la guerra constituye, como decía antes, un problema psicológico. Por lo tanto, encaja perfectamente en el marco de este libro.

Un razonamiento muy sencillo permitirá demostrar la importancia de los factores psicológicos en las batallas.

Todos los escritores militares sostienen que es limitada la cantidad de hombres que puede perder un ejército, sin renunciar á la lucha. Experiencias seculares lo demuestran: cuando un ejército pierde el 20 por 100 de su efectivo se considera vencido. Esta cifra de 20 por 100 constituye lo que podría llamarse el límite desmoralizador. La derrota es evidentemente el resultado de una impresión puramente psicológica y no una necesidad ineludible, puesto que el ejército posee todavía las cuatro quintas partes, ó sea la mayor parte de su efectivo. Supongamos, ahora, que un poder mágico influye en la moral del ejército vencido, hasta el punto de determinarle á una lucha indefinida, como es precisamente el caso de los japoneses. Por el solo hecho de que hayamos modificado su estado mental, sin transformar su armamento ni su táctica, la derrota se cambiará en triunfo. La lucha continuará indefinidamente y el vencedor terminará por perder, á su vez, la quinta parte de su efectivo, y llegará á lo que hemos llamado el límite desmoralizador. Entonces, como no posee el poder de la resistencia mágica que hemos concedido por hipótesis á su adversario, será derrotado, y de vencedor pasará á vencido.

Este poder milagroso, que aumenta prodigiosamente la resistencia de los ejércitos, no es inaccesible, pues depende de la educación que se da á los soldados, del espíritu que se les inculca. Ciertos sentimientos pueden constituir una fuerza más irresistible que el número, y la Historia muestra numerosos ejemplos de ello.

• •

La energía de carácter no es el único factor de orden psicológico que interviene en el éxito de las guerras. Hay otro de la misma importancia, cual es la comunidad de conducta ó, si se prefiere, de doctrina. Representa el fruto de una educación especial, necesariamente lenta, y sus efectos sólo se producen cuando ha conseguido inculcar ciertas nociones en lo inconsciente de todos los oficiales de un ejército. Entonces, solamente, estos últimos consideran con la misma óptica mental las situaciones más inopinadas y se portan por consiguiente de manera idéntica. La lectura de las *Memorias* del mariscal Moltke muestra los resultados de esta comunidad de doctrina. En ellas se ve en cada página —y el autor así lo hace notar— que cuando, en la guerra franco-alemana, una evolución imprevista del enemigo obligaba al Estado Mayor á ordenar nuevos movimientos, éstos estaban ya empezados cuando llegaba el mandato. Las *Memorias* de nuestros generales sobre la guerra de 1870 revelan, al contrario, que esperaban invariablemente instrucciones y no se movían nunca sin haberlas recibido. Los primeros poseían la disciplina inconsciente, la única capaz de iniciativa, mientras que los segun-

dos, desgraciadamente, sólo conocían la del cuerpo. Con un pequeño ejército basta la disciplina exterior, pero con uno grande es indispensable la disciplina interna y sólo una educación inteligente puede crearla (1).

(1) Recomiendo acerca de este asunto la lectura de una obra publicada por el comandante de Estado Mayor Gaucher, bajo el título *Psychologie de la troupe et du commandement*. Ha reunido las conferencias dadas por oficiales, tomando por base los principios espuestos en mis dos obras *Psicología de las multitudes* y *Psicología de la educación*.

UNIVERSIDAD DE BURGOS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO X EL SABIO"  
CALLE DE LAS ESCUELAS, 10